

## Proemio

En nuestro artículo «La tradición hagiográfica antoniana de los Libros I y II del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán. Aproximación a su estructura y sus fuentes»<sup>1</sup>, tras desenredar la rica y compleja maraña de las múltiples *Crónicas* y demás obras religiosas —de raigambre culta o popular— en que se vienen plasmando, desde el siglo XIII hasta principios del Seiscientos, la *Vida y milagros* de un santo de tan discantada como universal fama, se nos hizo patente, mediante la fijación exacta de las fuentes áureas utilizadas por Mateo Alemán en la elaboración de su propia obra hagiográfica, que esta, aunque inserta en un marco tradicional (por lo visto) ineludible, superaba a aquellas magistralmente. Esta convicción (ya intuida en investigaciones anteriores)<sup>2</sup> de la radical superioridad —tanto literaria como temática— del *San Antonio de Padua* del escritor hispalense radicaba sencillamente en la gran distancia que media entre el original y sus fuentes. En suma, entre todos los ecos, sempiterna y monótonamente repetidos, cundía la voz del autor sevillano, inconfundible. Porque, de prestarle un oído atento (lo cual hasta la fecha no se hizo verdaderamente), la que resonaba, si bien en tono menor las más veces, era, al fin y al cabo, la que en el *Guzmán de Alfarache* se explayaba y oía.

Claro que no se nos oculta que el *San Antonio* dista mucho del refinado estilo del *Guzmán de Alfarache*, y que tampoco podemos emparejarlo, en cuanto a las ideas, con el alcance histórico, socioeconómico, ideológico, universal en suma, de la obra maestra de la picaresca española. Pero su tono menor y relativa minusvalía artística en nada justifican que se haya postergado tanto, como para sumirla en tan estéril olvido. Siquiera por respeto a su mismo autor, quien no vaciló en aplazar la publicación de su *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, por escribir la de san Antonio de Padua<sup>3</sup> —«trabajo [...] para [él] glorioso», según pondera en su «Dedicatoria» (*San Antonio*, p. 101). Por otra parte, más allá de ese debido acatamiento (siempre censurable, desde luego, si raya en veneración y ciega crítica), debió de llamarles la atención a los críticos de la obra alemaniana el hecho de que la originalidad del *San Antonio de Padua* la sugiriese el mismísimo Mateo Alemán en sus advertencias al «Lector». Pues en ellas declara que, pese a conocer perfectamente las

<sup>1</sup> Guerreiro b, 1985b.

<sup>2</sup> Guerreiro, 1980, 1984b y 1985a.

<sup>3</sup> Publicada en septiembre de 1604, esta *Segunda Parte...* es nueve meses posterior al *San Antonio de Padua*: las aprobaciones de dicha obra son del 24 de noviembre y 7 de diciembre de 1603.

normas irrefragables del estilo histórico (de cuyo género es partícipe, según él, su obra hagiográfica), no por eso se ceñirá a él servilmente. Si bien, en efecto, ha de acatar escrupulosamente la verdad histórica, también es cierto que la misma índole del relato hagiográfico, cuya ejemplaridad resulta fundamental para la vida de los hombres, le induce a tener «por permitido a un claro y fiel espejo cristalino de roca, donde nos habemos de mirar, ponerle algunos adornos con que se guarnezca; y a semejantes lecturas irlas parafraseando con moralidades y alegorías de donde se saque fruto» (p. 122).

Esta aseveración, de por sí ya lo bastante autorizada como para que se le tribute todo crédito, es corroborada, además, por los juicios que emitieron algunos lectores coetáneos sobre la obra hagiográfica alemaniana. En su «Elogio» a la *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache*, Luis de Valdés no vacila en tenerla por una «joya», encareciendo que lo más estimable en ella es «todo el tercero libro». En este sería donde Mateo Alemán «más mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias, moralizadas y escritas con su elegancia»<sup>4</sup>. El alférez —y amigo del autor hispalense— no hace sino seguir los pasos de cuantos poetas, en los Preliminares, alabaron en lengua castellana o portuguesa, ya no al autor profano de la mal nombrada *Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*<sup>5</sup>, sino al «historiador sagrado». En sus sonetos, encomian todos a cual más el insigne ingenio del autor, calificándole ora de «peregrino ingenio», ora de «engenho raro»<sup>6</sup>. Pero, entre este coro de voces acordes, quien más descuella es su amigo, el gran poeta y dramaturgo Lope de Vega: en una hermosa «Canción» celebra tanto «la excelencia de los conceptos» de aquel «nuevo Mateo coronista», que los considera «dignos de los espíritus más claros». Al lado de los poetas, merece mención especial el largo «Elogio» escrito «en alabanza de Mateo Alemán» por su amigo el contador Juan López del Valle, secretario del Marqués de Priego. En él constan unas aclaraciones de sumo interés, que versan sobre la naturaleza, contenido y finalidad del relato alemaniano. Igual que Mateo Alemán, el contador reconoce que la índole del género cultivado ahora por el autor picaresco —o sea «la historia»— le impone un marco estrecho que no puede eludir. Dicho de otro modo, el hagiógrafo hispalense tiene que ceñirse a un «estilo [...] estrecho y limitado por el orden de las cosas». Sin embargo, dado esto por sentado, en seguida López del Valle pone el énfasis sobre la peculiaridad de «esta historia» alemaniana de san Antonio. Lo que sobresale en ella, y él encarece, es su riqueza temática, así provechosa como deleitable:

<sup>4</sup> *Guzmán*, II, «Elogio», pp. 27-28.

<sup>5</sup> Las ediciones de Barcelona, Sebastián de Cormellas, A costa de Angelo Tabano, 1599, y de Zaragoza, Juan Pérez de Valdivielso, 1599, llevan ya este título: *Primera Parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. De ahí las conocidas protestas del propio Mateo Alemán en su *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache*: «Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto más arraiga y se fortalece [...]. Esto propio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro* y no se conoce ya por otro nombre» (*Guzmán*, II, I, 6, p. 115).

<sup>6</sup> *San Antonio*, Preliminares: «Canción» de Lope de Vega; «Soneto» anónimo, escrito en portugués.

Quien la mirare con buenos ojos [la verá] escrita con mucha piedad y religión, y no con menor ingenio, variedad de erudición y doctrina en letras divinas y humanas. Hallará en ella materia de glorificar a Dios en sus santos, diversos medios para ejercitarse y aficionarse a la virtud, ejemplos que animen a eso, documentos espirituales que instruyan, discursos morales de graves e ingeniosos conceptos, confirmados con la autoridad de los santos, y otros especulativos que como pasto noble del entendimiento igualmente provechoso y gustoso, entretengan y recreen [...] (*San Antonio*, p. 107).

De modo que, si nos atenemos a estos testimonios fidedignos, es el *San Antonio de Padua* una obra histórica, un «libro doctísimo» (en opinión de Ana de la Puente)<sup>7</sup> de original y proteico contenido. De hecho, cabe afirmar ya sin ambages, en este *Proemio*, que dicha hagiografía alemaniana, escrita con estilo elegante, plasmado de erudición, rebasa con mucho la mera y fastidiosa (por iterativa y ramplona) *Crónica* de la vida supuestamente portentosa de un santo. Tampoco extraña que así sea, pues el *San Antonio de Padua* pertenece, al fin y al cabo, a un autor cuya fama literaria ya había cundido tanto por Europa, que por aquellas fechas no vacilaban en denominarle «el español divino»<sup>8</sup>.

En cuanto a la naturaleza de esta superioridad u originalidad, los mismos dictámenes que acabamos de reseñar la aclaran perfectamente; y basta ahondar algo en ellos para sacar en limpio lo esencial. En efecto, todos los testimonios aducidos concuerdan en que en el *San Antonio de Padua* se enlazan dos corrientes culturales y, en consecuencia, dos temáticas: una, de raigambre más bien profana (plasmada en «moralidades, discursos especulativos»), dedicada *lato sensu* a la ética, la política y la económica; otra, de índole sagrada (rica de «documentos espirituales»), más bien vertida hacia la especulación teológica y espiritual. Aunque diferentes, ambos enfoques no solo distan mucho de ser antagónicos, sino que a menudo se entrelazan tanto que resulta harto difícil deslindar la frontera que los separa. Es que en esa trabada dialéctica radica toda la coherencia de la obra y su hondo alcance ideológico.

Por eso mismo, y para aclararlos mejor, desharemos de momento esta lógica interna, dedicando una primera parte<sup>9</sup> de nuestro estudio a un largo análisis exhaustivo del solo contenido teológico del *San Antonio de Padua*<sup>10</sup>. Enfoque este tanto más necesario,

<sup>7</sup> Véase su «Soneto» en los Preliminares, p. 119.

<sup>8</sup> *Guzmán*, II, p. 25.

<sup>9</sup> Una *primera parte* que debía completar una *segunda parte* consagrada al examen de la materia moral y socioeconómica de la obra hagiográfica y de la obra picaresca de Mateo Alemán, pero que Henri Guerreiro, por su enfermedad y prematura muerte, no llegó nunca a rematar. (Nota de Marc Vitse.)

<sup>10</sup> Para que el lector no esté desprevenido, precisemos que a lo largo de nuestro estudio damos al santo cuatro denominaciones diferentes:

a) *Hernando de Bullones*: apellido del padre y nombre que se dio al niño cuando recibió las aguas bautismales. Se abarcan los episodios desde su nacimiento hasta su ingreso en la Orden franciscana (Libro I, caps. I-XI, pp. 159-242).

b) *Antonio de Bullones*: nombre adoptado por él (en aras de «san Antonio Abad») cuando reviste el sayal franciscano. Se analizan los acontecimientos y milagros protagonizados por él hasta su muerte (I, XII, p. 243-II, xxxi, p. 472).

c) *Antonio de Padua*: sobrenombre que la posteridad le ha conferido por haber fallecido en dicha ciudad. Se relatan y comentan los milagros llevados a cabo *post mortem* (II, xxxi, p. 472-III, XIII, p. 646).

cuanto que en no pocas ocasiones se ha clamado (y no siempre en el desierto) el criptojudasmo de su autor, y en otras evocado un agustinismo rayano en solapado calvinismo. De ahí que nuestro empeño sea asimismo —desde la perspectiva de una obra raras veces tomada en serio, y menos aún estudiada— integrar progresivamente en nuestra aproximación crítica la materia novelesca del *Guzmán de Alfarache* y, trabándola de modo cada vez más entrañable con la hagiográfica, valorar cabalmente y en todas sus facetas la significación y alcance de la visión teológica y filosófica del mundo de Mateo Alemán. Un tema que desarrollaremos preguntándonos en qué medida la teología y la espiritualidad inherentes a ambos libros resultan solidarias de la problemática que para el escritor hispalense creemos fundamental; es a saber (según puntualiza el alférez Luis de Valdés)<sup>11</sup>: su concepción ética, económica y política de la sociedad áurea de principios del Seiscientos y, por ende, su visión del hombre español (su coetáneo) que la informa.

d) *San Antonio de Padua*: cuando (en conformidad con el tema tratado) se nos antoje necesario adoptar el punto de vista de la «santa madre Iglesia de Roma».

<sup>11</sup> «Si todo lo dicho es verdad; si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino, que puede servir a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento y, en general, es una escuela de fina política, ética y económica, gustosa y clara, para que como tal apetecida la busquen y lean, ¿qué le doy? ¿qué hago en esto más de pagarle lo que tan justamente se le debe?» (*Guzmán* II, «Elogio», p. 28).